

## ¿Es usted demócrata o republicano?

Régis Debray<sup>1</sup>

¿Es que no va a plantearse nunca la pregunta? La que en todos los debates del presente afecta a la identidad de una república, cosa por la que nuestro país es, en Europa y en el mundo, una excepción. Ayer, un Código de la Nacionalidad. Hoy, un pañuelo. Mañana, cualquier otra cosa: polémicas encubridoras, batallas sin razón. No van a curarse estas fiebres malignas si antes no se revela su causa primera.

Todos estamos pagando actualmente, por una incontestable confusión mental, el precio de la confusión intelectual entre la idea de república, surgida de la Revolución francesa, y la idea de democracia, tal y como ha sido modelada por la historia anglosajona. Se las cree sinónimas y cualquiera se permite tomar uno de los términos por el otro. ¿Por qué distinguirlos? La sociedad liberal y consumista no es más que un rostro entre otros de la democracia, pero tan dominante y seductora que se la cree obligatoria, incluso en aquellos países en que la democracia ha tomado un perfil distinto.

¿Prohibirle, por ejemplo, la entrada en un aula a una joven musulmana mientras no deje su velo en el perchero? “Bien hecho”, clamará el republicano. No, “mal hecho”, se indignará el demócrata. “Laicidad”, dirá el uno. “Intolerancia”, dirá el otro. Esta escena la hemos repetido usted y yo en estos últimos tiempos. ¿Disputa sobre las palabras? No: *quid pro quo* de los principios.

Puede uno confesarse republicano sin comportarse como demócrata: esa es incluso, según algunos, nuestra tentación; más aún, nuestra herencia nacional. El Reino Unido, España, Bélgica y muchas otras monarquías constitucionales atestiguan a la inversa que se puede ser demócrata sin ser republicano. Hay repúblicas que solo lo son de nombre, que no tienen ni los principios ni las constricciones de la nuestra: así Alemania y los Estados Unidos, que merecen plenamente su nombre de democracias (si bien había mucho de república en la democracia de Lincoln, como lo muestra aún

---

<sup>1</sup> *Le Nouvel Observateur*, 30 novembre 1989, pp. 115-121, reeditado en *Contretemps. Éloge des idéaux perdus*, París, Folio, 1992. Trad. de Felipe Ledesma.

hoy en día la pujanza del Congreso). Una república, en el sentido fuerte y propio de la palabra, no se constituye por la mera ausencia de una monarquía hereditaria, del mismo modo que la denominación de “democracia popular” no anunciaba el gobierno del pueblo.

Cada época tiene sus fetiches. Los nuestros, y tanto mejor, los derechos del hombre, Europa, la sociedad civil, el Estado de derecho. Democracia es la más grande de esas palabras, esto es evidente. Se comprende el atractivo que ejerce sobre los pueblos del Este europeo y de China, la vertiginosa esperanza que encarna a sus ojos. Pero aquí es una de esas palabras-maleta que confunden el género y la especie, la clase y el orden. En Europa, todos somos demócratas. ¡Vivan las elecciones libres! Ciertamente, ¡y hasta qué punto! Pero el humanismo no grita: “vivan las glándulas mamarias”, solo porque todos los hombres sean mamíferos. Las ballenas, las cabras y los humanos dan de mamar a sus crías, pero al humanismo se le pide un poco más de precisión y a la humanidad, un pequeño esfuerzo suplementario. Del mismo modo que el *Homo sapiens* es algo más que un mamífero, la república es algo más que democracia. Es más preciosa y más precaria. Más ingrata, más gratificante. La república es la libertad más la razón. El Estado de derecho más la justicia. La tolerancia más la voluntad. La democracia, afirmamos, es lo que queda de una república cuando se apagan las Luces.

“Una República indivisible, laica, democrática y social”, según el preámbulo de nuestra Constitución de 1958 (o de 1946), es algo extraño en Europa.

Esta institución jurídica legitima un estado de cosas. A historia única, Constitución única. De ella se sigue un cierto número de usos, de inhibiciones, de pasiones y de deberes, que a nuestros vecinos democráticos no cesan de divertir o de indignar. Como indican los artículos estupefactos o guasones dedicados al “asunto del velo” por los periódicos europeos más serios, va de suyo para un inglés o para un danés que los franceses, una vez más, han metido la pata. No les falta razón. Desde 1789, y más exactamente desde 1793, cuando unos insensatos tuvieron la osadía de arrancarle a Dios, por vez primera, el gobierno de los hombres sobre un pedazo del planeta, somos marginales y vamos contra corriente. Doscientos años después, y a pesar de las apariencias, nuestra República no tiene en Europa algo en verdad equivalente. En 1889, no había más que dos repúblicas sobre nuestro continente:

Francia y Suiza. Si bien algunos nombres han cambiado a nuestro alrededor, me arriesgaría a sostener que la situación, cien años después, no ha cambiado mucho.

En el ranking de audiencia planetario, somos aún más marginales. En un mundo en el que, de unos 170 Estados soberanos, más de 100 pueden ser de entrada calificados de religiosos, las naciones laicas conforman una minoría cada día más encogida. En la Comunidad Europea, que se dice secularizada, la laicidad no es en ninguna parte un principio constitucional. Como tampoco lo es en los Estados Unidos de América (donde la primera enmienda no estipula sino la separación de las iglesias y el Estado), ni en la URSS, donde ha reinado durante sesenta años una religión de Estado, el marxismo-leninismo (es evidente que las iglesias no tienen la exclusiva del clericalismo). Los crucifijos siguen presidiendo, por supuesto, las escuelas públicas de España. La descristianización no impide a los pequeños daneses comenzar su jornada escolar con un salmo. Ni deja el “God save the Queen” de resonar en Gran Bretaña, donde el anglicanismo es religión de Estado. Ni deja el Código penal alemán (artículo 166) de sancionar la blasfemia, al igual que el de Holanda, patria de la tolerancia, donde Rushdie ha podido ser publicado tan solo gracias a que el artículo 147 de dicho código castiga las injurias hechas a Dios, pero no a sus profetas. Recordemos que en Francia la blasfemia ha dejado de ser un delito en 1791.

Pongamos fin a las anécdotas. Curas o pastores funcionarizados, enseñanza religiosa obligatoria en las escuelas salvo petición expresa de los padres, partidos confesionales dominantes, buena conciencia o culpa omnipresentes como telón de fondo: en la Europa del Mercado Común, la política no ha conquistado una autonomía plena respecto de lo religioso, que conserva además el monopolio de lo espiritual. En la Europa vaticana o luterana, en la que el papa, los mulás y los rabinos guardan cada cual su rebaño, la república sigue siendo un cuerpo extranjero, cuyo carácter inasimilable no aporta seguridad alguna. ¿Las decisiones comunitarias no se toman desde ahora por mayoría?

La laicidad no tiene su razón de ser en ella misma: quedarse en ella y obsesionarse con ella termina por arruinarla. No es sino un efecto secundario de un principio de organización. La clave de bóveda de este “pilar” no es la democracia —raramente laica—, sino la república, que lo es necesariamente. Por ello es lógico que

se la haya vuelto a poner en cuestión. ¿No fue en el invierno de 1940 cuando los deberes con respecto a Dios fueron reintroducidos en los programas de la escuela primaria? ¿Y en 1941 cuando se autorizó a los curas a ir a clase para enseñar el catecismo? Justo en el momento en que, escondida tras un augusto Mariscal, una tecnocracia joven, competente y modernista tomaba los mandos en Vichy, entre un *Mea culpa* y un *Te Deum*, del Estado francés, en lugar y sustitución de “la República atea”.

Bien que lo sabemos: hay que introducir más democracia en nuestra República. Limpiarla de ese residuo napoleónico, autoritario y vertical; esa sobrecarga de notables, esa herencia monárquica, esa nobleza de Estado que la atascan. La República francesa no se hará más democrática haciéndose menos republicana. Sino yendo hasta el final de su concepto, sin confusión.

Oponer la república a la democracia equivale a matarla. Y reducir la república a la democracia, que lleva en su seno la aniquilación de la cosa pública, también equivale a matarla. ¿Cómo desenmarañarlas, si son indisociables? ¿De acuerdo con qué criterios ideales? Todo gobierno, por angosto que sea su horizonte, reposa sobre una idea del hombre. Incluso aunque no lo sepa, el gobierno republicano define al hombre como un animal por esencia razonable, nacido para juzgar y deliberar de concierto con sus congéneres. Libre es quien accede a la posesión de sí mismo, acordando sus actos y sus palabras. El gobierno democrático sostiene que el hombre es un animal esencialmente productivo, nacido para fabricar e intercambiar. Libre es quien posee bienes —empresario o propietario. Así, pues, en una la política irá por delante de la economía; en la otra, la economía gobernará la política. En una república, los mejores van al pretorio o al foro; en una democracia, los mejores hacen negocios. El prestigio que en una da el servicio al bien común, la función pública, en la otra lo asegura el éxito privado.

En una república, cada uno se define como ciudadano y todos los ciudadanos componen “la nación”, ese “cuerpo de asociados que viven bajo una ley común, representado por el mismo legislador” (Sièyes). En una democracia, cada uno se define por su “comunidad” y el conjunto de comunidades compone la “sociedad”. En una los hombres son hermanos porque tienen los mismos derechos; en la otra, porque tienen los mismos ancestros. Una república no tiene alcaldes negros, senadores amarillos,

ministros judíos o directores de escuela ateos. Son las democracias las que tienen gobernadores negros, alcaldes blancos y senadores mormones. Conciudadano no es lo mismo que correligionario.

Por encima de la nación está la humanidad. Por encima de la sociedad está Dios. El presidente, en París, presta juramento sobre la Constitución votada por los de abajo; en Washington, sobre la Biblia, que viene de lo más alto. El primero, tras su ¡Viva la República! y, para terminar, su ¡Viva Francia!, irá a que lo retraten en su biblioteca con los *Ensayos* de Montaigne en las manos. El otro terminará su discurso con un "God bless America" y se hará fotografiar con la bandera de las barras y las estrellas al fondo.

En la república, la libertad es una conquista de la razón. La dificultad estriba en que a creer no se aprende, pero sí hay que aprender a razonar. "Es en el gobierno republicano, decía Montesquieu, en el que se necesita de todo el poder de la educación". Una república de iletrados es un cuadrado redondo, porque un ignorante no puede ser libre, participar en la redacción de las leyes o adquirir conocimiento de ellas. Una democracia en la que la mitad de la población fuese analfabeta no es, ni mucho menos, impensable.

En una república, el Estado está liberado de toda empresa religiosa. En una democracia, las iglesias están liberadas de toda empresa estatal. Por "separación de las iglesias y del Estado" se entiende en Francia que las iglesias deben borrarse ante el Estado; en los Estados Unidos, que el Estado debe borrarse ante las iglesias. Y se comprende por qué: en la parcela protestante, terreno de elección de la democracia, el derecho a la disidencia iba incluido en la creencia, el espíritu religioso era uno solo con el espíritu libre. En el terreno católico, el derecho a la disidencia ha tenido que ser arrancado a la Iglesia por el Estado, porque esta se erigía en eterna propietaria de la verdad y del bien. De ahí que el rango que asigna el protocolo republicano a rectores de universidad y miembros de la Academia es el que ocupan cardenales y obispos en las ceremonias democráticas. Una república hace pasar al primer plano sus escritores y sus pensadores; una democracia los pone por detrás de sus agentes de cambio y sus prefectos de policía. Un buen indicio, este de la evolución del protocolo.

La república se rige por la idea universal. La democracia, por la idea local. Aquí, cada diputado lo es de la nación entera. Allí, un representante lo es de su sola circunscripción o "constituency". La primera proclama ante el mundo los derechos del hombre universal, al que nadie ha visto jamás. La segunda defiende los derechos de los americanos, o de los ingleses o de los alemanes, derechos ya adquiridos por colectividades bien delimitadas, pero reales. Pues el universal es abstracto y lo local, concreto, lo que confiere a cada modelo su grandeza y sus servidumbres. Por ser la razón su referencia suprema, el Estado en la república es unitario y por naturaleza centralizado. Unifica por encima campanarios, costumbres y corporaciones, los pesos y medidas, las lenguas vernáculas, las administraciones locales, los programas y el calendario escolares. La democracia que prospera en la pluriculturalidad es federal por vocación y descentralizada por escepticismo. "A cada uno su verdad", suspira el demócrata, para quien no hay más que opiniones (y, en el fondo, todas valen). "La verdad es una y el error, múltiple", se ve tentado de replicarle el republicano, a riesgo de poner en peligro a los equivocados. El autogobierno y los estatutos especiales embelesan al demócrata. Este último no ve nada de malo en que cada comunidad urbana, religiosa o regional tenga sus líderes "naturales", sus escuelas con programas adaptados, incluso sus tribunales y sus milicias. *Patchwork* ilegítimo para un republicano.

La democracia puede dejar que proliferen los particularismos, que estallen los egoísmos, porque "In God we trust" es su íntima divisa, escrita por lo demás sobre cada billete verde. La "one nation under God" no corre el riesgo de fragmentarse, porque Dios es un buen federador. Puede revelarse materialista a mansalva, individualista hasta decir basta, porque el consenso intercomunitario, sea cual sea la diversidad de los trujamanes confesionales, reposa sobre el mensaje de Abraham (guardado en la mesilla de noche de todas las habitaciones de hotel). Los liberales que quieren traer a la república la mitad de la democracia, sin su parte religiosa, no reemplazan lo que le quitan, pues, amputada de su credo puritano, esta forma de gobierno retorna a la selva sin fe ni ley. El pragmatismo no está al alcance de la república, que parece si le falta un "diseño elevado". Pues la metafísica que necesita toda ciudad terrestre no puede esta pedírsela al creador, ni a ninguna revelación. Ella

misma debe ser para sí misma su propia transcendencia. Por eso puede morir de gestión.

En una república, el Estado sobrevuela por encima de la sociedad. En una democracia, la sociedad domina el Estado. La primera atempera el antagonismo de los intereses y la desigualdad de las condiciones por medio de la primacía de la ley; la segunda los formaliza por la vía pragmática del contrato, sin intermediarios y de común acuerdo. Al reino de los funcionarios, allí donde el Estado, “rector y vector de la formación nacional” (Pierre Nora), ha asegurado también, y desde hace mucho, la regulación social, se opone el de los juristas en tierra de mercaderes y protestantes, allí donde a la regla se llega desde lo local y lo privado. No por casualidad el número de juristas (abogados, notarios, consejeros legales) es en Francia muy inferior al de los países vecinos: 1 por cada 2000 habitantes, frente a 1 por cada 1000 en Gran Bretaña, 1 por cada 1200 en la RFA y 1 por cada 500 en los Estados Unidos.

Una república se hace en primer lugar con republicanos, se hace con el espíritu. Una democracia puede funcionar ateniéndose meramente a la letra, en una indiferencia relativa, confiándose a la fría objetividad de los textos jurídicos. Un 50% de abstención en unas elecciones privan a una república de substancia, pero no menoscaba a una democracia. El gobierno de los jueces no es republicano. No solamente porque desposee al pueblo legislador de su soberanía; dispensa además a cada ciudadano de querer, en su alma y su conciencia, lo que las leyes le dictan.

Y esto no está en contradicción con el hecho de que una democracia haga gala de moralismo, porque confunde lo privado y lo público, las virtudes personales y las obligaciones cívicas. Muy a gusto se toma la caridad por justicia, al *abbé* Pierre como modelo, la Cruz Roja y los *Restos du Coeur* por una respuesta satisfactoria a la “cuestión social”. La república, que separa cuidadosamente lo privado de lo público —por las mismas razones que separa lo espiritual de lo temporal—, se niega a juzgar a sus hombres públicos por su vida privada (como en los Estados Unidos). Prefiere el civismo. No se hace, a sus ojos, buena política con buenos sentimientos, ni siquiera con una moral. Puede incluso suceder que llegue a ejercer una justicia sin caridad.

Una democracia, si es pequeña o mediana, o está en deuda con su pasado, puede tener un estatuto de protectorado militar sin desazón y sin queja. Alemania,

Japón, Italia son democracias. Una república no puede encomendar a un tercero la tarea de defenderla sin negarse como república. La libertad en el interior es una sola cosa con la soberanía en el exterior. En ella merece el nombre de patriota quien, sin separar jamás el amor por la libertad del amor por su país, no le reconoce a su patria ninguna superioridad esencial sobre sus vecinos. Al oprimir al más débil, una república viola sus propios principios, lo descubra pronto o tarde. En una democracia, los patriotas reciben el nombre de nacionalistas, que son gentes temibles, pues están prestas a cambiar libertad por poderío.

Allí donde cada ciudadano debe poder responder de la libertad de los otros y, por tanto, llegado el caso, llevar las armas, se pone la nación en el ejército y el ejército en la nación. ¿De qué valdría la igualdad de los ciudadanos ante la ley sin la igualdad ante la muerte y, desde luego, sin el servicio nacional? El principio republicano recomienda el ejército de conscriptos. En una democracia, la defensa nacional es a menudo, en tiempos de paz, entregada a profesionales (como en los Estados Unidos o en el Reino Unido).

En una república, la ciudadanía no depende de una situación de hecho, sino de una institución de derecho. Se tiene o no se tiene, por ejemplo, derecho de voto, pero, si se tiene, se tiene por completo. La soberanía nacional no se expende al corte y los derechos políticos no se jerarquizan. Por el contrario, para una democracia puede ser admisible tener ciudadanos de primera, de segunda, de tercera clase (un poco como en Atenas): solo ella puede distinguir entre “derecho de voto en las elecciones municipales” y “derecho de voto en las elecciones nacionales”, distinción que es contraria tanto a la ética como a la legalidad republicanas.

En una república, hay dos lugares neurálgicos en cada pueblo: el ayuntamiento, donde los concejales deliberan en común sobre el bien común, y la escuela, donde el maestro enseña a los niños a prescindir de maestros. O más aún, a su imagen, la Asamblea nacional y la Sorbona. En una democracia, son el templo y el drugstore, o más aún la catedral y la Bolsa.

En el niño, la república busca al hombre y no se dirige en él sino a lo que debe crecer, a riesgo de tratarlo sin contemplaciones. La democracia adula al niño en el hombre, por creer que lo aburre si lo trata como adulto. Ningún niño es, como tal,

adorable, dice el republicano, que quiere que el educando se eduque. Todos los hombres son encantadores, porque en el fondo son niños grandes, dice el demócrata. Esto se puede decir aún con más crudeza: a la república no le gustan los niños. La democracia no respeta a los adultos.

En una república, la sociedad debe asemejarse a la escuela, cuya misión primera es la de formar ciudadanos capaces de juzgar acerca de todo por su sola luz natural. En una democracia, es la escuela la que debe asemejarse a la sociedad, por ser su misión primera formar productores adaptados al mercado de trabajo. Se pedirá en ese caso una escuela "abierta a la vida", o incluso una "educación a la carta". En una república la escuela puede ser un lugar cerrado, clausurado tras sus propios muros y reglamentos, sin lo que perdería su independencia (sinónimo de laicidad) con respecto a las fuerzas sociales, políticas, económicas o religiosas, que quieren guiarla a base de jarre! y ¡so! Pues no son la misma escuela las que se destinan, una, a liberar al hombre de su medio y la otra, a acomodarlo mejor. Y mientras que la escuela republicana tendrá la reputación de producir parados ilustrados, en la escuela democrática se verá un vivero de imbéciles competitivos. Así trabaja la maledicencia, mediante tiros cruzados.

La república ama la escuela (y la honra); la democracia la teme (y la descuida). Pero hay algo que cada una de ellas ama o teme en el más alto grado: la filosofía en la escuela. No hay modo más seguro para distinguir una república de una democracia que fijarse en si se enseña o no se enseña filosofía en el *liceo*, antes de la entrada en la universidad. Se verá que en la parte más democrática de Europa, la del norte, de raíz protestante, es la enseñanza religiosa la que ocupa su lugar en el último curso. Los sistemas de enseñanza democráticos tienen la filosofía como un suplemento de alma facultativo, que se reparten pastores y poetas. En una república, la filosofía es una materia obligatoria, que no tiene como fin exponer doctrinas, sino hacer que nazcan los problemas. Es la escuela y especialmente la clase de filosofía la que, en una república, liga a los intelectuales con el pueblo, sea cual sea el origen social de los alumnos.

Por ser una idea, filosófica, la república es interminable. Se persigue sin fin a sí misma a lo largo de la historia, y lo que la mueve hacia delante es esa misma infinitud, esa insatisfacción de sí misma. Por ser un hecho, sociológico, la democracia puede

encontrarse bella en su espejo. Ese contento de sí, bastante frecuente, permite una propaganda etnocéntrica, pero eficaz. Al juzgarse insuperable, una democracia se presenta ante el mundo como un modelo, y no sin buena conciencia. Por su parte, al saberse imperfecta, y siempre demasiado particular en comparación con la República universal en la que se inspira, una república no será nunca más que un ejemplo.

En una democracia, donde la opinión manda, el dinero es lo más buscado. Los aparatos de producción de opinión son, en efecto, cada vez más caros. La imagen desbanca la idea, lo oral domina sobre lo escrito y en las campañas electorales de una democracia, el cartel exhibe la (costosa) foto en color del candidato, no su profesión de fe escrita en negro sobre blanco (y barata). Del mismo modo, el publicitario da órdenes al responsable político, quien después de su elección, deberá maniobrar, por regla general, bajo el chantaje mediático. Supeditará su política a la imagen que se puede o no se puede ofrecer, ajustando sus decisiones sucesivas a los grados de un barómetro que llaman de opinión, que le indicará cada semana el nivel de popularidad de unos y de otros. Exactamente igual a como el director de una cadena de televisión ajusta en su programación la oferta a la demanda en función de los resultados de las mediciones de audiencia.

En una república, el principio, que es algo distinto del compromiso entre intereses, regula las conductas. Un partido político, por ejemplo, no es una máquina para conquistar el poder y conservarlo. Lo que ofrece no es una cara o una vaga promesa, sino un programa; y si el Soberano cierra un contrato con él, a través de su voto, ese partido estará obligado a hacer honor a su contrato. Del mismo modo que no confunde la instrucción con la información o la búsqueda de las razones primeras de algo con las últimas noticias del mundo, la república no mezcla el sufragio y el sondeo, la ciudad y la sociedad. Pues quienes confunden el pueblo y la muchedumbre, lo que está instituido y lo que es desencadenado, terminan por confundir la justicia y el linchamiento. Lo que debe ser y lo que es. Lo que merece permanecer y lo que merece desaparecer.

La palabra clave en una democracia será, por tanto, comunicación. Y en una república, institución. No puede sorprender que en el vocabulario republicano *instituteur* [maestro de escuela primaria] o *institutrice* [maestra de escuela primaria] sea

un término noble, como lo es la función, mientras que en una democracia tiende más bien a producir vergüenza. Del rectángulo sagrado —pizarra o pequeña pantalla— derivan dos tipos de *nomenklatura*. Cada régimen tiene su nobleza. La de la vida y la del título. El periodista, el publicitario, el cantante, el actor, el hombre de negocios componen el *Who's who* de una democracia. El profesor, el tribuno, el escritor, el sabio e incluso, paradoja tan solo aparente, el oficial, componen el de una república.

Una democracia puede vivir a gusto en medio de la bulla, con la seguridad de que de ella terminará por surgir espontáneamente un orden. En una república, la distinción y el discernimiento exigen recintos y playas de silencio. La primera puede definirse como un optimismo del ruido y la segunda como un optimismo del recogimiento. La “fiesta de la música” (nombre que se da hoy en día al ruido) encarna la filosofía de una democracia, el minuto de silencio concentra el alma de una república.

La memoria es la virtud primera de las repúblicas, del mismo modo que la amnesia es la fuerza de las democracias. Allí donde es el hombre quien hace al hombre, cada niño al nacer tiene ya una edad de seis mil años. Cuando no se tiene más que la historia, amputarse el pasado sería tanto como mutilarse uno mismo. Cuando es Dios quien hace al hombre, vuelve a hacerlo intacto en cada nacimiento. No hace falta recordar qué había antes de nosotros, cada época comienza de nuevo la aventura desde cero. Los más altos honores se le rendirán, en una, a las bibliotecas, en la otra, a las televisiones. Pues, si las bibliotecas son los cementerios preferidos por los grandes muertos, cuyo culto define la cultura, la televisión mata el tiempo de forma entretenida. Una biblioteca, al igual que una república, se compone de más muertos que vivos, mientras que en una democracia, al igual que en la televisión, solamente los vivos tienen derecho a informar a los vivos. Cada sistema tiene sus inconvenientes. De ello se discute.

La república ama la igualdad, sin ser igualitarista. Pues no es la justicia, sino el resentimiento, quien pretende nivelar las condiciones y las recompensas sin tener en cuenta capacidades y esfuerzos. Se trata de que sean proporcionadas (eterno problema sin fórmula curalotodo, cuya solución siempre precaria llama al interminable combate por la justicia). La igualdad social no está en el programa de la democracia, en la que se

habla de libertades públicas e individuales tanto más alto y fuerte, cuanto más se quiere contrarrestar la desazón producida por las desigualdades económicas. Bajo el término “igualdad”, el demócrata puede contentarse con la igualdad jurídica ante la ley; pero el republicano añade a ello obligatoriamente una cierta equidad de las condiciones materiales sin las que el pacto cívico se convierte, a sus ojos, en un simulacro leonino. El hecho de que miríadas de parias y de intocables mueran cada día sobre las aceras no le impide a India ser una auténtica democracia (a pesar de su nombre de República). El hecho de que en Nueva York millares de *homeless* y drogadictos duerman en los parques en pleno invierno, o que los pobres tengan sus hospitales y sus escuelas, sin comparación posible con las de los ricos no disminuye el lustre que con tanta justificación irradia sobre el mundo la estatua de la Libertad. Ya no hay república en un país, pero sigue habiendo democracia, cuando la distancia entre ingresos y entre patrimonios es de 1 a 50. El ideal republicano postula un cierto respeto de las proporciones. Los salarios descomunales de los poderosos o de las figuras del día, cuando por azar llegan a conocimiento del público, no suscitan en el demócrata más menesteroso sino un alzamiento de hombros; esa es la contrapartida, se dirá, de la libertad de empresa. Para el republicano, no se trata de adoptar, en cambio, la pose del asceta o del espartano, sino de reprobear la brecha del lujo y el incremento de los privilegios. La pobreza emociona en una democracia; a una república la estremece. La primera quiere un máximo de solidaridad; la segunda, un mínimo de fraternidad y muchas leyes. Y lo que una confía a las fundaciones, la otra lo pide en primer lugar a los ministerios.

También podemos traducir estas dos sensibilidades como ideologías tranquilizadoras y repetir con los grandes ancestros que el socialismo es la república y el liberalismo, la democracia, cuando se las lleva la una y la otra hasta el final. Pero esta oposición les parecerá anticuada a los lectores de *Globe*. Para los mismos socialistas, esos “viejos republicanos”, que a partir de ahora se quieren rejuvenecidos y bien conectados, el tema “desigualdades sociales” deja paso al estribillo “derechos humanos”.

Un republicano se guardará de disociar al hombre del ciudadano, porque es la pertenencia a la ciudad lo que le da a un hombre sus derechos políticos. Desde el

momento en que el individuo ya no es tratado como ciudadano, sino como simple particular, la esclavitud despunta por el horizonte (y de entrada, lo arbitrario, que es la ausencia de leyes). La libertad, en una república, no le llega al individuo sino por la fuerza de las leyes, es decir, por el Estado. No sorprende que los demócratas no hablen más que de los “derechos humanos”, cuando un republicano añade siempre: “y del ciudadano”. Añadido que no es a sus ojos mero complemento, sino condición. Del mismo modo que la laicidad es la condición de la tolerancia y no su opuesto.

Ello no impide que en su vida privada, y con mucha frecuencia, el republicano receptivo al espíritu del tiempo adopte una conducta “individualista” y el demócrata, alma porosa a la que lo social obliga, una “socializada”. El individualismo, que la democracia convierte en religión, se convierte entonces en el alma de un mundo sin individuos, el aroma espiritual de las ovejas. La estadística anuncia con más seguridad la opinión mediocre que la opinión ilustrada. Los alborotadores que veneran la diferencia, se guasean de vulgatas y ortodoxias, llaman “libertad” al “haz lo que quieras”, a veces se parecen entre sí más que los espíritus ordenados, para los que la libertad consiste en pensar correctamente y hacer lo que se debe. Thelema no se encuentra siempre donde se cree.

Rellenar los huecos que alejan a unos individuos de otros, ese es el ideal de un mundo en el que una discusión se considera útil cuando permite a los adversarios, a base de limar las asperezas, terminar armonizando sus puntos de vista, como si la democracia nos impusiese este deber con respecto a los demás: llegar a estar de acuerdo. En una república no se juzga inútil el debate que tiene como fin clarificar las diferencias, aguzarlas incluso dentro de un respeto mutuo. “Los extremos me afectan”, es el lema de un republicano. “Todo lo que es excesivo es insignificante”, el de un demócrata. La apuesta del republicano: aliar la impertinencia a la cortesía. Incomoda, como puede verse, este régimen que necesita en primer lugar espíritus incómodos.

La democracia, que se mueve por consenso, necesita escándalos y “revelaciones” para distraerse; así como de lo chic, pues con la moda se esconde el conformismo. Monstruo de orgullo y alma noble, Stendhal es el republicano por excelencia. Su amigo Merimée, un demócrata profundo. Victor Hugo es republicano; Sainte-Beuve, demócrata (Flaubert, ni lo uno ni lo otro). Había que ser un poco gran

señor para decir no a Napoleón III, amigo de los pobres y campeón confeso de la democracia, a quien el sufragio universal le dio la mayoría hasta el fin. Minoritario, un republicano se inflama. Un demócrata en minoría es un hombre (o una mujer) deprimido(a).

No habría juego de sociedad más actual que el “¿qué es quién?”. ¿Joxe y Chevènement, “republicanos”? ¿Lang y Jospin, “demócratas”? Chevènement ha rendido su homenaje a la Escuela, pero Joxe admite de buena gana el pañuelo en la escuela pública. Nada es simple. Mitterrand parece “republicano” en la adversidad, “demócrata” cuando hace buen tiempo y le va viento en popa (esto es más apropiado que lo contrario). Jano bifronte, atraviesa ahora días tranquilos en el Elíseo. Michel Rocard es un demócrata de libro. En los pasillos del poder, los republicanos han cedido por todas partes el paso. Por regla general, al republicano no le gusta la economía, del mismo modo que él no le gusta a ella. Los inspectores de hacienda, por su parte, adoran la economía. Es sabido que hacer de la economía un ideal conduce enseguida a prescindir del ideal. A la inversa, no hacer bien las cuentas equivale a desentenderse del sudor de los hombres. ¿Demasiado economicismo mata la república? Demasiado poco, también. Nada es simple. *Le Monde* fue durante mucho tiempo “republicano”. *Libération* es un diario “demócrata” desde el comienzo. Antirrepublicano de nacimiento, en cierto modo por filiación sesentayochista.

Podría deducirse de todo esto una caracterología divertida y de andar por casa, para las largas noches de invierno. Los dos tipos están tan mezclados que puede usted estar seguro de que, en el mismo momento de decir una verdad, estará también inventando un embuste. Pero ¿cómo resistir a la tentación de observar que el republicano es mejor cuando escribe y el demócrata cuando habla? Uno seduce (a hombres o mujeres) marcando distancias; es un frío(a). Puede sacar partido de ello. Es un ser de fidelidades, pero egoísta. El otro es vehemente, de más fácil acceso. Proporciona a todos y a todas, y además enseguida, buenos momentos. Es un ser de proximidades. De fugacidad también. Cuando habla en público, el republicano parece enfático y cortante. Lo que dice puede que sea justo, pero suena falso. El demócrata es jovial y mordaz: puede que sea falso, pero suena bien. Para él, un hombre que esté a la cabeza del *hit-parade* no puede ser del todo malo. Ni un autor sin reconocimiento,

verdaderamente bueno. El otro leerá su *Top 50*, pero de abajo arriba. ¿El republicano es misógino? Los clichés sexuales son peligrosos en nuestra cultura. Pero las polaridades son clarificadoras. Digamos entonces que el *homo republicanus* tiene los defectos de lo masculino; el *homo democraticus*, las cualidades de lo femenino. Al republicano le importa sobre todo el tiempo que pasa, el que va royendo y echando a perder la energía.

De ahí la angustia, la crispación. Uno se vuelve rígido porque el desarreglo llega por sí solo. Al demócrata, por encima de todo le importa el tiempo que hace. Sin inquietud, las estaciones se suceden y el sol lucirá tras la lluvia. Los vaqueros, después del chador. La reconciliación, después de la batalla. Cree tan poco en la guerra, que ya está preparando la paz desde el primer disparo. Es peligroso en período de crisis. ¿Quién es el sensato? ¿Quién el insensato? ¿Cómo saberlo? Habría que casarlos a estos dos. Eso reduciría los riesgos. No hay que temer. Ya lo hace la vida ella sola, como si jugase esa carta.

En asuntos políticos, no es aconsejable la crítica de lo que está bien formado. Preferimos detenernos sobre las anomalías y las monstruosidades. No sin motivo: son las que nos revelan, se dice, el fondo de las cosas. Hay una patología de la república. El siglo pasado, Hippolyte Taine, el autor menos leído, pero más citado (aunque sin saberlo ellos mismos), por nuestros modernos hombres de izquierdas, lo ha dicho todo sobre el jacobino glacial y sin alma, extraviado por el espíritu geométrico, despreciador de los hombres reales en nombre de una idea del hombre. Este teórico “abominable”, este “regente de colegio” es un peligro público ambulante. Véanlo pasar. Seco, delgado, suspicaz —una guillotina en el fondo de los ojos. Escúchenlo pasar. Lo explica todo, pero no comprende nada. Y no todo es falso en esta caricatura conservadora. Es verdad que una república enferma degenerará en cuartel, del mismo modo que una democracia enferma, en burdel. La tentación autoritaria acecha a las repúblicas incómodas, así como la tentación demagógica lo hace a las democracias acomodaticias.

Estaría bien poner frente a frente los patinazos de una y otra, pero los adversarios de cada modelo pondrían el grito en el cielo alegando una falsa simetría. Es un hecho que la crítica del modelo republicano se practica hoy en día de buen grado a partir de su enfermedad. En la firmeza de los principios, se denunciará la rigidez de

las actitudes; en la voluntad de coherencia, el gusto por la coerción; en la lógica, el simplismo. El republicano inculcado encontrará de sobra con qué devolver los cumplidos al demócrata: ¿Me juzga arrogante (el término repetido con mayor frecuencia junto a “francés” por todas las bocas de Europa)? Yo lo encuentro complaciente. ¿Dogmático yo? Mírese en el espejo, joven, y verá a alguien que es ecléctico a muerte. Presume de su flexibilidad, para esconder su flojera. ¿Realista, usted? Oportunista, querrá decir. ¿Me ve guerrero y sectario? Yo a usted lo veo derrotado y veleta. Estos intercambios de galanterías le permiten a cada campo apretar las filas. La diatriba tiene precisamente esta ventaja: que evita el diálogo. Cada uno se encuentra bien guapo en el espejo deformante del vecino: la polémica en torno a la patología es un ardid clásico del narcisismo.

No es casualidad que las formas monstruosas de la república susciten en el presente mil veces más burlas que las de la democracia. La relación de sarcasmos traduce la relación de fuerzas. En la República francesa de 1989, la república ha venido a ser minoritaria. Y lo minoritario, a ojos del demócrata, es siempre feo.

Ha vencido el demócrata. El republicano ya no parece luchar más que en la retaguardia. Esta victoria por KO no dirime el desenlace de un combate, por la sencilla razón de que aquí no ha habido enfrentamiento, sino un deslizamiento de placas tectónicas bajo nuestros pies. La nación sigue hablando como una república, la sociedad actúa y piensa como una democracia. Hay un desajuste entre la norma y la cultura, entre la historia de Francia y la vida de los franceses. Este desfase entre el protocolo y los usos explica la situación inestable en que se encuentran alumnos y profesores. Como muestran las encuestas sobre el velo, un francés de más de 45 años tiene una probabilidad de 2/3 de reaccionar como republicano, mientras que uno de menos de 25 tiene la misma de hacerlo como demócrata. La república parece una idea de viejos. Lo mismo que la escuela laica. Ni la una ni la otra son “guays”. Imponen deberes, cuando todo a nuestro alrededor nos habla de derechos humanos, de tener sin deber, de goces sin pena. Integración sin regla. ¿A los demócratas les gusta más la juventud que los principios? Esto no es noticia. La época está a favor de lo desahogado, no de lo ceñido; a favor de las hombreras, no del blusón gris. Hay que adaptarse a los tiempos, poco importa la ley si es de otra época. Así, en 1989, el nacimiento de la idea

francesa lo hemos celebrado a la americana y todo el mundo ha aplaudido el desfile diseñado por Goude, apoteosis democrática, abominación republicana. “¿Me han robado mi bicentenario?” No, me han robado mi República.

Digamos que ha habido un desajuste entre la intención y el resultado. En 1981 la izquierda se puso en camino para “reconciliar el socialismo y la libertad”, grandiosa aventura, y ha llegado a reconciliar a **Raymond Barre con Harlem Désir**. Tiene su mérito, pero no es algo sobrehumano, pues estos no han llegado a estar verdaderamente revueltos (la convivialidad nunca ha molestado a la Bolsa). Bajo el nombre de “socialismo” los herederos del Partido republicano preconizan y practican la democracia liberal. Michelet ha tenido un vástago de Tocqueville. Buena o mala, esta sorpresa requiere de una explicación.

No vamos a recordar ahora en su detalle las crisis, mutaciones, metamorfosis, derrumbes, superaciones que han echado por la borda el modelo republicano. Los sociólogos hacen muy bien su trabajo y es evidente que se trata de un fenómeno social: la abdicación de la idea ante la imagen, del padre ante el hijo de la publicidad, de la cosa pública ante los cultos privados.

Habría que mencionar el debilitamiento de Francia en el mundo, debilitamiento material, objetivo, medible. Esta nivelación ha arrasado los antiguos setos de hayas centenarias y ha franqueado el paso al viento que viene de América y lo barre todo a su paso. Lo *soft* expulsa lo *hard*, del mismo modo que las botas de *cow boy* sustituyen a las galochas y el CD, al 45 rpm. Y el fax al belinógrafo. Los sociólogos hablan de aculturación, como los filósofos hablaban antaño de alienación, para describir situaciones en que lo propio es vivido como ajeno y lo foráneo, como propio. Aquejada la república, según parece, de obsolescencia tecnológica, como un producto de primera generación, sus inventores la sienten como algo extranjero y extraño, como un folclore un poco cómico. No, o no solo, porque las ciencias sociales han suplantado a la filosofía en las universidades, sino porque en las dos aceras de la calle Soufflot, en la esquina con el bulevar Saint Michel, un *Free Time* y un *McDonald's* han reemplazado el *Maheu* y el *Capoulade*. Las formas del escenario urbano influyen sobre los contenidos de la enseñanza más de lo que se cree. Así como la de lo que comemos, sobre lo que creemos y la de lo que oímos, sobre lo que esperamos.

Nuestro *establishment* intelectual, que contempla la historia de Francia desde los *self-services* de allende el Atlántico, no sale de nuestros menús de precio fijo. Así, también ha escamoteado “Sobre la República en Francia” tras “Sobre la democracia en América”. Volviéndole la espalda a Michelet, ese ingenuo, ese grandilocuente, le ha pedido al Sr. Tocqueville que presente 1789 al público, es decir, que explique la Revolución como una simple etapa local del advenimiento democrático mundial, lo que pone entre paréntesis tanto la Revolución como la República. Nuestro *establishment* mediático se apunta a “el fin de la historia” del Sr. Fukuyama, funcionario del Departamento de Estado americano, quien, en la revista *National Interest* (¿puede imaginarse una revista francesa con un nombre semejante?), traduce con gran impropiedad lo que el Sr. Kojève explicaba en París después de la Guerra y, siguiéndolo a él, decenas de filósofos franceses. Nuestro *establishment* político tiene por un progreso que un gobierno de izquierdas consulte al Consejo de Estado, en vez de al Parlamento sobre la cuestión de la escuela. “Estado de derecho” suena chic, “pueblo soberano”, suena viejuno. ¿No tienen los jueces la última palabra en una democracia? ¿Las “autoridades administrativas independientes” no son en cualquier parte una garantía de objetividad y de neutralidad? Realmente arcaico, el ingenuo que cree que el juez está para aplicar la ley y el ciudadano, para hacerla. Es al revés.

Habría que mencionar la devaluación del Estado y de la idea del Estado en él. El retroceso del servicio público con la excusa de la lucha contra los monopolios estatales. La salvación está en la privatización, en el mecenazgo y la sponsorización, en la asimilación de las cadenas públicas a las cadenas privadas y en tantas reconversiones ampliamente descritas. La República no quiere un Estado fuerte, sino un Estado digno. Cuando, al bajar los recursos financieros, cae por los suelos el precio de la dignidad, quien se presenta como el más demócrata se queda con el mercado. No es una elección, es un automatismo.

Habría que mencionar la crisis de la razón del siglo XVIII, Hiroshima y Chernóbil, pero también a Lévi-Strauss, Freud, Nietzsche y al padre Marx, que, sin ninguna duda, han relativizado los absolutos de Condorcet, todos los presupuestos de su club de pensamiento, ingenuamente bautizado como Sociedad de los Amigos de la Verdad, el primero que lanzó en Francia, en 1791, el manifiesto republicano. Sin

olvidar el retorno de la familia y de los buenos sentimientos, la victoria de las tripas sobre la lógica, del humanitarismo sobre el humanismo. El auge del médico y el declive del militante. El crecimiento de la vida asociativa y la evaporación de los partidos.

Habría que mencionar la descentralización, el regreso de los notables, la gloria renovada de los feudos provinciales, el retorno de Maurras por la izquierda, “vivir en el terruño” y “derecho a la diferencia”. La rehabilitación democrática del Antiguo Régimen y de sus “diversidades”. La regionalización pedagógica, el abandono subrepticio de las oposiciones nacionales, así como de la inspección general, en una palabra, la licuefacción de la escuela como institución, para beneficio de las “comunidades educativas”. Tendríamos sobre todo y en primer lugar que hablar de Europa, ese bello mesianismo para ricos.

Este estómago grande y muelle apenas se nota. Es que estamos dentro y su acción es lenta. Los jugos gástricos comunitarios disuelven en silencio los diversos residuos que han dejado los accidentes de la historia europea. Contracultura notablemente singular, la república era uno de ellos. Su digestión se hace democráticamente, por mayoría. Recortando la soberanía del Estado y subordinando el legislador al tecnócrata, que no tiene que responder de nada ante nadie. ¿La papilla quedará lista? Del mismo modo que no se nace laico, no se nace republicano: uno se hace. También se puede, y por las mismas razones, dejar de serlo. La república no es una predestinación, sino una situación. Se gana con esfuerzo y se pierde sin esfuerzo. El futuro dirá si “la integración europea” será o no el nombre de la mejor forma que tenía Europa de quitarse del zapato ese chinarro francés, que le había deslizado al irse, la muy malvada, nuestra Revolución.

En la Europa de las regiones, de los capitales y de las obediencias, el primer Estado nación del continente se convierte en una rémora. Nos creíamos los más avanzados porque habíamos echado al buen Dios de la presidencia, para que una sociedad se fundase no sobre la obediencia de los fieles, ni sobre el apetito de los consumidores, sino sobre la autonomía de los ciudadanos. Si Dios vuelve un poco por todas partes, con sus capuchinos y sus *traders*, por la fuerza o suavemente, la vanguardia se encuentra yendo a remolque. Para ser competitiva, ¿deberá Francia

aligerar su tren de vida, dejar de estar crispada? ¿Una república no es realmente un estorbo en Bruselas?

El modelo del país liberal, que supone cada vez menos ciudadanos en las calles y cada vez más individuos en sus casas, inspira a la Comunidad de la codicia, no la de los principios. “Eppur si muove”. ¿No se está huyendo de la realidad al vestir la Europa de los banqueros, la única que existe, con el azul mahón de una Europa de los trabajadores, cuya esperanza no resplandece más que en los banquetes? La izquierda francesa ha hecho de la construcción europea un mito de sustitución, llamado a llenar el vacío que ha dejado en los espíritus el abandono del proyecto de construcción de una sociedad nueva (al estrellarse este, como la barca del amor, contra la realidad). Pero es una trampa: si los socialistas quieren ser buenos europeos, serán malos socialistas. Y viceversa.

Bastaría con buenos republicanos. Y que en lugar de aprender de nuestros partenaires el A, B, C de la democracia liberal, haciendo méritos como buenos alumnos, fuesen lo suficientemente lúcidos y desinhibidos como para proponerles los rudimentos de la república (laica y democrática). Nada hay de lo que Europa tenga hoy una mayor necesidad: devolver a los individuos su dignidad de ciudadanos. Si el espacio público ya no les confiere esta dignidad, irán a buscarla en otra parte. Pues no hay vínculo social sin referencia simbólica. El Estado común a todos terminará por perder la suya, que será pronto reemplazado por la de iglesias y tribus en esta función unificadora. Por simple falta de aire. Cuando una república se retira de puntillas, no es el individuo libre y triunfante quien ocupa el terreno. Por lo general, los clérigos y las mafias no dejan mucho margen para cortesías, hasta ese punto es verdad que cada menoscabo moral del poder político se paga con un avance político de las autoridades religiosas y con una nueva arrogancia del feudalismo del dinero.

Porque no basta con el sentimiento. La libertad personal necesita de instituciones, tanto como la razonable voluntad de pertenencia. Esta se desploma a falta de esqueleto. Una sociedad de compasión y de buenas palabras, sin reglas ni disciplina, abre la puerta a imprevisibles rigores. Ayer, era el Estado y sus censuras lo que amenazaba la autonomía del individuo, así como la libertad de conciencia y de expresión. Hoy en día, es de la “sociedad civil” —ese barullo de apetitos y de

intolerancias escondidas— de donde vienen los mayores peligros (las demandas de prohibición y de exclusión). La ley del corazón no puede por sí sola hacer frente a la proliferación de poderes cada vez más intolerantes e incontrolados —medios de comunicación, clérigos, ciencias, administración. La defensa de la autonomía individual pasa en la hora presente por la defensa del Estado republicano y de la sociedad que le corresponde. Es un destino irónico el de ser el más imposible de los regímenes políticos y, a la vez, el más necesario. El más viejuno y, a la vez, el más futurista.

¿Y si la República, que es de ayer, volviese de nuevo mañana? No sería la primera pirueta de la ópera planetaria, que ha respondido siempre al lema de Verdi: “Volvámonos hacia el pasado; eso será un progreso”. Para ser resueltamente modernos, atrevámonos a ser arcaicos. Fue resucitando la antigüedad greco-romana como los hombres de la libertad, esos grandes nostálgicos, dieron un salto hacia atrás por encima del XVIII y adelantaron a todos sus contemporáneos. Olvidamos con demasiada facilidad que el Antiguo Régimen era la modernidad de ellos. Pero, al no encontrarla lo bastante moderna, vencieron lo viejo por medio de lo antiguo: el estilo Luis XV por la retórica de Bruto, Boucher por David. La invención del futuro requiere de este tipo de astucias, como si la historia, a veces, tuviese que retroceder para dar mejor el salto.

Ayer, se nos quería encerrar en el dilema de un capitalismo liberal, elegante y cínico, o un socialismo estatista, idiota y cínico. Hemos hecho bien en no elegir. El primero no satisface lo esencial en el hombre, que es de orden cultural. El segundo, que desfallece, ni siquiera aseguraba el mínimo vital. Si hoy en día, para hacer frente al nosotros y vosotros del *homo religiosus*, se nos intimase a juntarlo con el yo y tú del *homo economicus*, responderíamos: muchas gracias, nos basta con el todos nosotros del reconocimiento cívico. Podría ocurrir en efecto que el progreso, retrógrado a su manera, nos diese a escoger entre dos clases de retorno: la regresión religiosa o la regresión republicana. Las tribus o la nación. Los capuchinos o los directores de escuela. En ese caso, tendríamos mucho interés en pedirles a Condorcet, a Michelet y a Jules Ferry que volvieran para darse una vuelta por las televisiones. Una República

francesa que no fuese de entrada una democracia sería intolerable. Una República francesa que no fuese más que una democracia como las otras sería insignificante.